

# Una y otra vez

Clifford D. Simak



¿Qué pensaría usted si hallase un viejo libro firmado con su nombre y descubriese que llevaba fecha de un distante futuro? Eso fue lo que le pasó a Asher Sutton, y cuando se puso a investigar este increíble enigma descubrió que aquel libro era un pasaporte y un billete para un imperio galáctico a varios miles de millones de años del presente.

# UNA Y OTRA VEZ

Clifford D. Simak

## I

El hombre salió de la oscuridad cuando el amarillo verdoso del último rayo de sol se consumía hacia el oeste. Se detuvo junto al patio y llamó:

—Señor Adams, ¿está usted ahí?

La silla chirrió cuando Christopher Adams cambió de posición, asustado por la voz. Luego recordó. Hacía un día o dos que se había instalado un nuevo vecino al otro lado del prado. Jonathon se lo había dicho... y Jonathon conocía todos los chismes en cien kilómetros a la redonda. Todos los chismes sobre los humanos, y también sobre los robots y sobre los androides.

—Pase —dijo Adams—. Encantado de que se haya dejado caer usted por aquí.

Esperaba que su voz pareciera cordial y amable, que era el tono que intentaba darle.

Pues no se sentía encantado. Estaba un tanto irritado, trastornado por aquella sombra que había surgido súbitamente de la oscuridad y que estaba cruzando el patio.

Se pasó mentalmente la mano por la frente. Ésta es mi hora, pensó. La única hora que dedico a mí mismo. La hora en la que olvido... olvido los miles de problemas relacionados con las otras estrellas. Los olvido y regreso a la verde oscuridad y a la quietud y al oscuro y tenue crepúsculo de mi propio planeta. Pues aquí, en este patio, no hay informes mentofónicos, ni listas de robots, ni conferencias de coordinación galáctica... ni intriga psicológica, ni planos de reacción alienígena. Nada complicado o misterioso... aun-

que esto no es del todo exacto, pues existe misterio aquí; pero es un misterio suave y seguro, que se entiende y que sólo sigue siendo misterioso porque así lo deseo yo. El misterio del chotacabras contra un cielo oscurecido, el rompecabezas de la luciérnaga en el seto de lilas.

Con la mitad de su mente sabía que el extraño había cruzado el patio y que en aquel momento estaba cogiendo una silla para sentarse, y con la otra mitad se preguntaba una vez más sobre los cuerpos oscurecidos tendidos en la orilla del río en el lejano Aldebarán XII y la nave retorcida contra el árbol.

Habían muerto allí tres humanos... tres humanos y dos androides, y los androides eran casi humanos. Y los humanos no debían morir por la violencia, a menos que fuera la violencia de otros humanos. Y aun en ese caso, era en el campo del honor, con todas las formalidades y técnicas del code duello, o en asuntos menos civilizados de venganza o ejecución.

Pues la vida humana era sacrosanta... tenía que serlo, o no habría vida humana. Tan lastimosamente escaso era el hombre.

¿Violencia o accidente?

Pensar en accidente era ridículo.

Había pocos accidentes, en realidad casi ninguno. El funcionamiento casi perfecto de las máquinas, la inteligencia y las reacciones casi humanas de las mismas con relación a cualquier peligro conocido, hacía mucho que había logrado que la incidencia de accidentes fuera una cifra casi inexistente.

Ninguna máquina era tan tosca como para chocar contra un árbol.

Así que tenía que haber sido violencia.

Y no podía ser violencia humana, pues la violencia humana habría anunciado el hecho. La violencia humana no tenía nada que temer... no había apelación legal, apenas

un código moral con relación al cual sería responsable un asesino humano.

Tres humanos muertos.

Tres humanos muertos a cincuenta años-luz de distancia, y el hecho tenía gran importancia para un hombre sentado en su patio en la Tierra. Tenía suma importancia, pues ningún hombre muere a manos no humanas sin una terrible venganza. La vida humana no ha de tomarse sin pagar por ella un precio descomunal, en cualquier lugar de la galaxia, o la raza humana se extinguiría definitivamente, y la gran hermandad galáctica inteligente se hundiría en la oscuridad que la había cubierto anteriormente.

Adams se arrellanó más en la silla, obligándose a relajarse, irritado consigo mismo por pensar... pues según sus normas en aquella hora del ocaso no tenía que pensar en absoluto... o pensar lo menos que su mente le permitiera.

La voz del forastero parecía llegar desde muy lejos, pero Adams sabía que estaba sentado a su lado.

—Bonita noche —dijo el extranjero.

—Todas las noches son bonitas —dijo Adams riendo entre dientes—. Los chicos del Tiempo no permiten que llueva hasta más tarde, cuando ya todo el mundo está durmiendo.

En un soto que había colina abajo, un malvís emitió su lisa canción y las notas límpidas fluyeron como una mano suave que recorriera un mundo adormecido. En el riachuelo, una o dos ranas probaban sus gargantas. Muy lejos, en algún otro mundo sombrío, un chotacabras iniciaba su ruidosa demanda. Al otro lado del prado, en lo alto de las empinadas colinas, empezaron a encenderse las luces de las casas.

—Ésta es la mejor parte del día —dijo Adams.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsita del tabaco y la pipa.

—¿Fuma? —preguntó.

El forastero negó con un gesto.

—En realidad, he venido por negocios.

La voz de Adams adquirió un tono crispado.

—Venga a verme por la mañana, entonces. No atiendo negocios fuera de las horas de mi trabajo.

El forastero dijo, con voz suave:

—Se trata de Asher Sutton.

Adams se puso tenso, y sus dedos temblaban de tal forma que hubo de llenar la pipa a tientas. Agradeció la oscuridad que impedía que el forastero se diera cuenta.

—Sutton regresará —continuó el forastero.

Adams movió la cabeza.

—Lo dudo. Hace veinte años que se fue.

—¿Le han borrado ustedes?

—No —dijo Adams, lentamente—. Aún figura en la nómina, si es a eso a lo que se refiere usted.

—¿Por qué? —preguntó el hombre—. ¿Por qué le siguen conservando ustedes?

Adams apretó el tabaco en la cazoleta, reflexionando.

—Supongo que por afecto —contestó—. Afecto y fe. Fe en Asher Sutton. Aunque la fe se está agotando.

—Exactamente dentro de cinco días —dijo el forastero—, Sutton regresará.

Hizo una breve pausa y luego añadió:

—Por la mañana temprano.

—No existe medio alguno que le permita a usted saber una cosa como ésta —dijo Adams, en tono crispado.

—Pero lo sé. Es un hecho comprobado. Adams refunfunó.

—Eso aún no ha sucedido.

—En mi tiempo sí. Adams se levantó de un salto.

—¡En su tiempo!

—Sí —dijo sosegadamente el forastero—. Mire, señor Adams, yo soy su sucesor.

—Escuche, jovencito...

—Nada de jovencito —replicó el forastero—. Tengo la mitad de años que usted. Me estoy haciendo viejo.

—Yo no tengo sucesor —dijo fríamente Adams—. No se ha hablado de ninguno. Puedo seguir en mi puesto muy bien otros cien años. Y tal vez más.

—Sí —convino el extraño—. Más de cien años. Mucho más de cien años.

Adams volvió a recostarse tranquilamente en su asiento. Se puso la pipa en la boca y la encendió. Su mano era firme como una roca.

—Tomémoslo con calma —dijo—. Dice usted que es mi sucesor... que asumiré mi puesto cuando yo me muera o cese. Eso significa que viene usted del futuro. No es que yo le crea en lo más mínimo, desde luego. Pero simplemente por argumentar...

—Se dio una noticia el otro día —dijo el forastero—, sobre un nombre llamado Michaelson que proclamaba haber ido al futuro.

Adams refunfuñó y dijo:

—Lo leí. ¡Un segundo! ¿Cómo puede saber un hombre que ha entrado un segundo en el futuro? ¿Cómo puede medirlo para saberlo? ¿Cuál sería la diferencia?

—Ninguna —convino el forastero—. Ninguna la primera vez, desde luego. Pero a la siguiente vez entrará cinco segundos en el futuro. Cinco segundos, señor Adams. Cinco tic-tacs de reloj. La duración de un suspiro corto. Todas las cosas han de tener un punto de partida.

—¿Viaje en el tiempo?

El forastero asintió.

—No le creo —dijo Adams.

—Me lo temía.

—Conquistamos la galaxia —dijo Adams— en los últimos cinco mil años...

—Conquistar no es la palabra exacta, señor Adams.

—Bueno, nos posesionamos de ella, entonces. O entramos en ella. Como usted prefiera. Y hemos descubierto cosas extrañas. Cosas extrañas que jamás soñamos. Pero nunca viajes en el tiempo.



Agitó sus manos hacia las estrellas.

—En todo ese espacio exterior —continuó—, no hay nadie que haya viajado en el tiempo. Nadie.

—Ahora sí —replicó el forastero—. Desde hace dos semanas tienen ustedes alguien que lo ha hecho. Michaelson entró en el tiempo. Entró un segundo en el tiempo. Un principio. Eso era todo lo que se necesitaba.

—De acuerdo —dijo Adams—. Digamos que es usted el hombre que dentro de unos cien años más o menos ocupará mi puesto. Supongamos que ha viajado usted en el tiempo, hacia el pasado. ¿Para qué?

—Para decirle a usted que Sutton regresará.

—Ya me enteraría cuando llegara —dijo Adams—. ¿Por qué tengo que enterarme ahora?

—Cuando Sutton regrese —dijo el forastero—, tienen que matarle.

## II

La minúscula y abollada nave descendía lentamente, como una pluma movida por el viento, cayendo hacia el campo a la luz del sol matutino.

En la silla del piloto se sentaba un hombre harapiento y barbudo, con todos los nervios tensos.

Complicado, decía su cerebro. Difícil y artificioso manejar tanto peso, apreciar la distancia y la velocidad... difícil conseguir que toneladas de metal descendan contra el salvaje impulso de la gravedad. Más difícil aún que salir de la gravedad cuando no se ha hecho ninguna consideración, sino que uno simplemente debe elevarse y salir al espacio.

La nave se agitó por un segundo, y él luchó con todas las fibras de su voluntad y de su mente... y logró que volviera a flotar quedando suspendida a pocos metros de la superficie del campo.

Dejó que descendiera, grácilmente, de forma que apenas se produjo impacto al tocar tierra.

Estaba completamente rígido; fue relajándose lentamente, centímetro a centímetro, primero un músculo, después otro. Agotador, se dijo. El trabajo más penoso que haya hecho. Pocos kilómetros más y habría dejado que se estrellara.

A lo lejos había un grupo de edificios, y un vehículo de tierra había surgido de allí y recorría ahora la pista en su dirección.

Un soplo de brisa se coló por la portilla de visión y le dio en la cara, haciéndole recordar...

Respira, se dijo. Tienes que estar respirando cuando lleguen. Tienes que estar respirando y tienes que salir fuera y tienes que sonreírles. No ha de haber nada que les llame la atención. Inmediatamente, al menos. La barba y las ropas ayudarán algo. Estarán tan ocupados fijándose en las ropas y en la barba que pasarán por alto un detalle insignificante. Aunque no la respiración. Si no respiraras se fijarían en ello.

Cuidadosamente tomó una leve bocanada de aire, y sintió su picazón en la nariz y su hervor en la garganta y su fuego en los pulmones.

Otra inspiración, y otra más, y el aire era suave y vivificante y le producía un extraño alborozo. La sangre palpita-ba en su garganta y le golpeaba en las sienes; se llevó los dedos a la muñeca y sintió allí sus latidos.

Sintió llegar la náusea, una breve náusea que combatió manteniendo rígido el cuerpo y recordando todas las cosas que tenía que recordar.

La fuerza de voluntad, se dijo, la fuerza de la mente... la fuerza que ningún hombre utiliza del todo. La voluntad para decir al cuerpo lo que ha de hacer, la fuerza para poner un motor en marcha después de años de inactividad.

Una inspiración y luego otra. Y ahora el corazón está ba-tiendo cada vez más deprisa, palpitando como una bomba.

Tranquilo, estómago.

En marcha, hígado.

Sigue bombeando, corazón.

No es como si fueras viejo y herrumbroso, pues nunca lo fuiste. El otro sistema se encargó de mantenerte en forma, de que estuvieras siempre preparado para un aviso inminente.

Pero la conexión significó un choque. Había sabido que lo sería: había temido su llegada, pues sabía lo que significaría. La agonía de un nuevo tipo de vida y de metabolismo.

Tenía en su mente un fotocalco de su cuerpo y de todas sus partes activas... una imagen cambiante y vacilante que

tembló y se empañó y cambió de color, pero que se afirmó bajo la presión de su mente, el impulso de su voluntad, y finalmente el fotocasco quedó fijo, claro y brillante, y él supo que lo peor había pasado.

Persistió en los controles de la nave con manos tan firmes que casi mellaban el metal, y la transpiración recorrió abundante su cuerpo y se sintió relajado y débil.

Los nervios se tranquilizaron y la sangre seguía batiendo, y supo que estaba respirando sin pensar en ello siquiera.

Permaneció un minuto más sentado tranquilamente, relajándose. La brisa penetraba por la portezuela rota y le daba en la cara. El vehículo de tierra estaba muy cerca.

—Johnny —murmuró—, estamos en casa. Lo conseguimos. Éste es mi hogar, Johnny. El lugar del que te hablé.

No hubo respuesta, sólo un movimiento de comodidad en lo profundo de su cerebro, una extraña y agazapada comodidad como la que se puede sentir cuando se tienen ocho años y uno se acurruca en la cama.

—¡Johnny! —gritó.

Y volvió a sentir el movimiento... un movimiento de aplomo, como la sensación del hocico de un perro contra la palma.

Alguien estaba golpeando la puerta de la nave, golpeaba con los puños y gritaba.

—Está bien —dijo Asher Sutton—. Ya voy. Voy ahora mismo.

Se bajó y cogió la cartera que estaba junto al asiento, colocándosela bajo el brazo. Fue hasta la portezuela, la abrió y salió de la nave.

Sólo había allí un hombre.

—Hola —dijo Asher Sutton.

—Bienvenido a la Tierra, señor —dijo el hombre, y el «señor» hizo vibrar una cuerda en su recuerdo. Sus ojos se posaron en la frente del hombre, y vio el número de serie grabado en ella.

Se había olvidado de los androides. Quizás también de muchas otras cosas. Normas habituales que se habían borrado con el paso de veinte años. Vio que el androide le miraba fijamente, que miraba su rodilla que asomaba por el traje roto, que se fijaba en sus pies descalzos.

—Vengo de un lugar en el que no se puede comprar un traje todos los días.

—No, señor —dijo el androide.

—Y la barba —dijo Sutton—, se debe a que no podía afeitarme.

—Ya he visto barbas antes —le dijo el androide.

Sutton permaneció callado, contemplando el mundo que se abría ante él... las torres que se alzaban brillando a la luz del sol, el verdor del parque y del prado, y el verde oscuro de los árboles y las salpicaduras azules y escarlata de huertos floridos en terrazas escalonadas.

Respiró profundamente y sintió penetrar el aire en sus pulmones, inundar todos los alvéolos durante tanto tiempo olvidados. Estaba volviendo a él, regresando... el recuerdo de la vida en la Tierra, del sol del amanecer y de los llameantes ocasos, del cielo azul oscuro y el rocío sobre la hierba, el rápido murmullo de la conversación humana, y el alegre sonido de la música humana, la afabilidad de pájaros y ardillas, y la paz y la comodidad.

—El coche espera, señor. Le llevaré con un humano —dijo el androide.

—Preferiría caminar —dijo Sutton.

El androide movió la cabeza.

—El humano está esperando y es muy impaciente.

—Oh, está bien —dijo Sutton.

El asiento era blando y se hundió gratamente en él, posando cuidadosamente la cartera sobre su regazo.

El vehículo se puso en marcha y él miró por la ventanilla, fascinado ante el verdor de la Tierra.

«Los verdes campos de la Tierra», dijo. ¿O era «los verdes valles»? Ahora no importaba. Era una canción escrita

hacía mucho. En la época en que en la Tierra había campos, campos en vez de parques, en la época en la que el hombre utilizaba el terreno para cosas más importantes que para macizos de flores. En la época, miles de años atrás, en que el Hombre había empezado a sentir la llamada del espacio en su interior. Muchos años antes de que la Tierra se convirtiera en capital y centro del imperio galáctico.

Una gran nave estelar despegaba en el otro extremo del campo, deslizándose suavemente con la llama al rojo de los eyectores espumeando en sus tubos. Su morro se inclinó hacia la curva de la rampa de despegue, y desapareció, un estruendoso rayo de luz plata proyectado hacia el azul. Por un instante, la luz del sol matutino lo tino en rojo oro, disolviéndose luego en la neblina azulada del cielo.

Sutton volvió su mirada de nuevo a la Tierra, empapándose en aquella visión, al igual que se empapa un hombre en el primer sol fuerte de la primavera tras meses de invierno.

Lejos, hacia el norte, despuntaban los dos capiteles del Ministerio de Justicia, Sección Alienígena. Y hacia el este, la mole de brillante plástico y cristal que era la Universidad de Norteamérica. Y otros edificios que había olvidado... edificios para los cuales descubrió que no tenía nombre. Pero eran edificios a kilómetros de distancia, con parques y viviendas entre sí. Las casas estaban tapadas por árboles y maleza y entre el verdor de las onduladas colinas, Sutton captó los destellos de color que traicionaban el lugar donde vivía la gente.

El coche se deslizó hacia una parada ante el edificio de la administración, y el androide abrió la puerta.

—Por aquí, señor —dijo.

En el vestíbulo, sólo unas cuantas sillas estaban ocupadas, principalmente por humanos. Humanos o androides, pensó Sutton. Uno no puede decir cuáles son unos y cuáles otros hasta que no se fija en sus frentes. La señal sobre la

frente, la marca de fábrica, la leyenda que explica: «este hombre no es humano, aunque lo parezca».

Éstos son los únicos que me escucharán. Éstos son los únicos que me prestarán atención. Éstos son los únicos que me salvarán de toda hostilidad futura que el hombre pueda esgrimir contra mí.

Pues son peor que los desheredados. No son los que han sido, sino los que nunca fueron.

No nacieron de mujer, sino de laboratorio. Su madre es un recipiente de productos químicos y su padre el ingenio y la tecnología de la raza normal.

Androide: un humano artificial. Un humano hecho en el laboratorio por el profundo conocimiento que el hombre posee de la química y de la estructura atómica y molecular y la extraña reacción que se conoce como vida.

Humano en todo, salvo en dos aspectos: la marca sobre la frente y la incapacidad para reproducirse biológicamente.

Humanos artificiales para ayudar a los auténticos humanos, a los humanos biológicos, a llevar la carga del imperio galáctico, para fortalecer la débil descendencia de la humanidad. Pero fijos en su lugar. Oh, sí, absolutamente fijos en su lugar correspondiente.

El corredor estaba vacío y Sutton seguía al androide, sus pies desnudos resonando contra el suelo.

La puerta ante la que se detuvieron indicaba:

THOMAS H. DAVIS  
(Humano)  
Jefe de Operaciones

—Pase —dijo el androide.

Sutton entró, y el hombre que había tras la mesa alzó la vista y tragó saliva.